

NICOLÁS

DAVID CASADO AGUILERA

© David Casado Aguilera 2016

www.davidcasadoaguilera.com

www.facebook.com/davidcasadoaguilera

www.twitter.com/DavidCasadoA

www.instagram.com/davidcasadoaguilera

PARA ADRIÁN

Eres capaz de alejar todos mis monstruos

Lo que tú llamas morir
es simplemente el último dolor.

Ambroise Bierce

Ya no se oían ruidos en la maleza, ni risas desafinadas, ni susurros. Incluso el viento parecía haberse calmado. Era como si un manto de silencio hubiese caído de repente sobre aquel bosque sofocando hasta el último sonido. Resultaba tan antinatural que por un instante casi deseó que volviesen a sonar las risas.

Fulgor, Manuel Loureiro.

Capítulo 1

Va a hacer una noche de perros, piensa Guillermo mientras se sube el cuello del abrigo al bajar del coche y mira hacia el cielo encapotado.

El frío en este pequeño pueblo de Soria es afilado como el aullido de un lobo a medianoche y el viento helado es capaz de introducirse en lo más profundo de los huesos.

Hasta Guillermo llega el olor a lumbre y chimenea, lo que le arranca un destello de nostalgia y le traslada a cuando era niño y correteaba por esas calles, hoy desiertas.

Enseguida se deshace de esos recuerdos. No está allí para recordar.

Guillermo está de mal humor. Es tarde, falta muy poco para que anochezca y su idea era salir de ese lugar cuanto antes, pero tiene claro que va a tener que cambiar los planes y hacer noche en el pueblo. Una vez anochezca el frío arreciará y la carretera puede acumular hielo en sus márgenes. No quiere correr riesgos por mucho que odie la idea de quedarse una noche.

No entiende por qué no tiene una copia de las llaves de la casa del pueblo, estaba seguro que ellos tenían una en casa. El abogado que había llevado todo el asunto le dijo que había una copia en casa de la señora Fermina. Se sorprendió cuando el abogado

nombró a esa mujer, no sabía que aún vivía. Hace tanto tiempo que no va por allí que es normal que muchas cosas se le escapen. Medita unos segundos sobre cuántos años puede tener la señora Fermina y no le salen menos de ochenta.

Cierra la puerta del coche con un fuerte golpe que rompe el silencio de lo que parece un pueblo fantasma y se dirige hacia la casa de Fermina. Llama a la puerta con los nudillos, tiene las manos congeladas y eso hace que le duelan, se echa aliento caliente sobre ellas.

Guillermo en realidad no está fastidiado por el clima, ni porque no encontró las llaves de la casa de sus padres, odia ese pueblo y no quería venir en verano, no quería encontrarse con ninguno de sus amigos, o ex amigos, no sabe cómo calificarlos, así que no le ha quedado más remedio que venir cuando estaba seguro que no habría nadie, o casi nadie, y eso era ahora, ni en verano, ni semana santa, ni siquiera en fin de semana, por eso ha tenido que pedir permiso en el trabajo por “asuntos personales”, ya que no podía calificarlos como “asuntos del pasado”.

Se frota la cara con ambas manos, siente la barba helada, piensa con resignación que tendría que haber cogido unos guantes y una bufanda. Se coloca bien las gafas con el dedo índice, en un gesto muy similar al que hacía su padre.

Vuelve a golpear la puerta, en esta ocasión con más fuerza. Exhala un suspiro de fastidio. Supone que ninguno de los hijos de

Fermina está en casa, mejor, prefiere hablar con la anciana que con alguno de sus dos hijos, eso si está en casa, claro, aunque piensa que con este tiempo no puede andar por la calle o en algunos de sus campos.

Los hijos de Fermina administran prácticamente todos los campos del pueblo. Poco a poco todo el mundo se fue marchando hacia las ciudades como Madrid, Zaragoza o Barcelona, los viejos se han ido muriendo y apenas son doce o trece los habitantes del pueblo en estas frías fechas. Mejor así. Guillermo no quiere hablar con nadie sobre sus padres y mucho menos de todo aquello que le alejó del pueblo hace ya muchos años. "Las desgracias nunca se olvidan", le dijo en una ocasión su padre, "permanecen incrustadas en la memoria de la gente, como la mugre".

Cuando Guillermo ya estaba pensando qué hacer o a quién preguntar, escucha un ruido en el interior de la casa, el golpe de una puerta al cerrarse y unos pasos que transitan con gran lentitud hacia la entrada. El sonido de las llaves al girarse muestran que la puerta estaba cerrada por dentro. Guillermo recuerda que cuando era niño casi nadie cerraba las puertas con llave cuando había alguien dentro, ni si quiera por la noche, eran otros tiempos.

Una anciana cubierta por una mantilla de lana sobre su cabeza mira desconcertada ante la interrupción de ese extraño. Lo mira con ojos aguados, casi transparentes. No lo reconoce, algo lógico ya que han pasado veinte años desde la última vez que lo vio y su

aspecto ha cambiado de forma considerable. Tiene barba de dos semanas, salpicada por algún pelo blanco a la altura de la barbilla, gafas y una incipiente calvicie asoma en su rala cabeza en forma de descomunales entradas.

—Señora Fermina, soy Guillermo Aguilar, el nieto de Serapio y Benigna—. La anciana parece bucear en las profundidades de su memoria y tras unos segundos que parecen eternos logra ubicar al joven que tiene delante, o eso parece.

—Sí, sí, sí, el del Serapio, que grande estás, hacía mucho tiempo que no venías por aquí, ¿verdad?

—Sí, hace muchos años—responde Guillermo con voz cansada y subiéndose de nuevo las gafas. Era consciente que tendría que responder a algunas preguntas, sólo esperaba que no fueran muchas, no estaba de humor para ningún interrogatorio.

—Pasa, pasa, no te quedes en la puerta que hace mucho frío. — La señora Fermina no espera la respuesta de Guillermo, le da la espalda y se introduce de nuevo en el interior de la vivienda esperando a que Guillermo la siga, y a éste no le queda más remedio que entrar en la casa tras expulsar un suspiro de resignación. Guillermo ya no recordaba que en el pueblo las cosas tienen su propio ritmo y que las prisas tenía que haberlas dejado en la ciudad. En Chaorna el tiempo siempre ha parecido estar detenido en un limbo que es muy difícil ubicar en una época en concreto.

La anciana le conduce hasta un pequeño y acogedor salón, dotado de una chimenea cuyos troncos crepitan en su interior, aportando un agradable calor que Guillermo agradece acercando las manos al fuego. Nunca había estado en el interior de esa casa.

No es ni siquiera diciembre o enero, faltan diez días para Semana Santa, pero el clima en este pequeño pueblo de Soria es duro, tal como lo muestran los surcos y arrugas que recorren el rostro y las manos de la anciana.

— ¿No han venido tus padres?

—No, ellos...—era la pregunta que temía contestar. No le apetece hacerlo, se rasca la barba en un gesto que demuestra su nerviosismo—precisamente le quería comentar que necesito la llave de casa de mis padres, yo no... he olvidado traerla y la necesitaría para poder entrar—. Ha decidido ir al grano, no quiere dar demasiadas explicaciones, aunque le sorprende que la señora Fermina no sepa lo que le ocurrió a sus padres. Es un pueblo pequeño y las noticias corren como la pólvora, sobre todo si se trata de desgracias ajenas, eso le confirma que tal vez la anciana no sabe exactamente quién es.

— ¿La llave? ¿Yo tengo la llave de la casa de tus padres?

—Sí, señora Fermina, mis padres siempre le han dejado unas llaves de casa— Guillermo intenta hacer acopio de las últimas gotas de paciencia que le quedan.

—Ah pues... quizás mi Felipe sepa dónde están, es que yo... ¿no quieres comer algo? Espera, que te traigo unos chorizos y un vaso vino para que te calientes.

—No, señora Fermina, no se moleste, si yo no...

—Deja, deja, que estás muy delgado y tienes mu mala cara, parece que hace diez años que no comes—. Guillermo se había levantado para que la anciana no trajera nada, pero enseguida toma consciencia de que es inútil, lo último que puede hacerse en un pueblo como ese es despreciar la comida o la bebida que le ofrecen a uno. Resignado, se vuelve a sentar en el sofá que huele a oveja sabiendo que nada puede impedir a la señora Fermina traerle esos chorizos, que hacía años que no comía. De todo parecía hacer muchos años.

Guillermo es consciente que hace una pequeña eternidad de cada recuerdo que guarda y que han ido apareciendo desde que ha salido de Madrid a primera hora de la tarde. Tendría que haber salido en la mañana, maldita sea.

Su hermana María se desentendió totalmente del asunto, no quiso hacerse cargo de la casa ni de las tierras de Soria, así que a él no le ha quedado más remedio que tomar personalmente las riendas del tema, y eso que le insistió a su hermana para que fuera ella, pero se negó de forma tajante, cuestión que provocó una agria discusión entre ellos. Su relación no era buena, se querían, pero cada uno en su casa. Llegó un momento en que ya fue imposible

volver atrás y recorrer la distancia que les separaba. Guillermo no quiso que la discusión fuera a más, se marchó de casa de su hermana sin despedirse de sus sobrinos y siendo consciente que no podría delegar en nadie el asunto.

Tampoco hubo muchas opciones respecto a qué hacer, en eso sí habían coincidido los dos hermanos Aguilar. Habló con el abogado, y si querían venderlo todo, tenían que firmar una serie de papeles otorgándole poderes para iniciar la venta. Lo hicieron. El problema llegó cuando el letrado le preguntó si quería guardar algo que estuviera en la casa, la primera respuesta que le vino a la cabeza a Guillermo fue un no rotundo, no quería pisar ese pueblo, pero pensó en sus padres, especialmente en su padre, en su estima por el pueblo en el que había nacido, en recuerdos como cuando Guillermo era pequeño e iban a cazar juntos y su padre le mostraba orgulloso los campos que les pertenecían. Así que tras un suspiro Guillermo le contestó al abogado con un ademán cargado de melancolía, que quizá lo mejor era dar una vuelta por allí y recuperar algún objeto de sus padres, fotos, cuadros. Guillermo pensó que tal vez ese viaje le serviría de terapia, de catarsis, quién sabe.

Hacía tres meses que los padres de Guillermo habían muerto en un accidente de tráfico. Volvían de una cena a las afueras de Madrid cuando un conductor borracho les sacó de la carretera comarcal. El coche se estrelló contra una columna de cemento

forjado que sujetaba un puente y debido a la violencia del golpe, el coche se incendió unos segundos después.

Los cuerpos quedaron calcinados e irreconocibles. Guillermo fue el primero en recibir la fatídica noticia. Eran las seis de la mañana cuando sonó su teléfono móvil, y en ese momento supo que se trataba de una mala noticia. Fue al Anatómico Forense junto con Sara, su novia.

Los médicos forenses le dijeron para tranquilizarle que no habían sufrido, que murieron en el acto, el impacto fue tan fuerte que apenas sintieron nada más, le explicaron, pero Guillermo no podía dejar de pensar que sí sufrieron, que aún podían estar vivos cuando se inició el fuego, que se quemaron vivos y que su muerte fue horrible, algo tan horrendo que le impedía dormir por las noches desde que recibió aquella llamada a las seis de la mañana del veinticuatro de diciembre. Feliz Navidad, Guillermo.

Los forenses no dejaron que viera los cuerpos, están irreconocibles, dijeron, no serviría de nada, no los recuerdes así.

Para poder reconocer los cadáveres tuvieron que apoyarse en los exámenes dentales, ya que sus huellas digitales desaparecieron entre las llamas. Además Guillermo tuvo que identificar algunas cosas que recuperaron del coche para cerciorarse que pertenecían a sus padres, el DNI de su padre que milagrosamente no se había quemado, las llaves de casa, los anillos de boda, la muleta de su

madre que había sufrido un esguince de tobillo, apenas tres días antes...

Guillermo no se lo contó a nadie, ni siquiera a su hermana que estaba devastada por el dolor, pero aquella habitación en la que le mostraron las pertenencias de sus padres olía a quemado, un olor muy desagradable que no hizo más que aumentar la desazón al imaginarse los cuerpos sin vida de sus padres, totalmente calcinados.

Aún tiene ese olor impregnado en las fosas nasales, ha sido incapaz de deshacerse de él.

Cuando ocurrió el accidente, o más bien cuando asumió la noticia porque tardó unos días en hacerlo, Guillermo no pudo evitar hacerse una pregunta, un impulso insorteable, ¿aquel trágico accidente tendría que ver con la maldición de Nicolás?, en lo más profundo de su interior conocía la respuesta, pero no quiso pensar demasiado en ello, ya había pasado mucho tiempo, no podía ser. Era como tener constantemente un diablillo sobre un hombro diciéndole que sí, que había sido Nicolás, que había venido de otro mundo a llevarse a sus padres, pero también tenía en el otro hombro un ángel que le decía que no, que era imposible, que todo aquello había acabado. Siempre el pequeño demonio hablaba más alto que el ángel.

Una semana después se reunieron los dos hermanos en el Notario, eran los únicos herederos. Tenían que encargarse de la herencia y

de arreglar la venta de todo aquello que no quisieran conservar. La casa del pueblo y sus infértiles tierras eran algo de lo que querían deshacerse. Los dos pensaban lo mismo, o al menos era lo que ambos expresaban en voz alta, porque Guillermo sintió un dolor en el pecho por venderlo todo. Sentía que era como traicionar a su padre, además estaban los recuerdos. Los mejores recuerdos de su infancia le llevaban irremediabilmente a aquellas callejuelas entre piedras y a esos campos que ahora parecían dormitar bajo el cielo plomizo de principios de marzo. Añoraba esos tiempos y también extrañaba a sus amigos, aunque hacía años que no hablaba con ellos, ni siquiera por teléfono, excepto en alguna ocasión con su primo, Javier. Recuerda a sus amigos con nostalgia, eran uña y carne, diez almas gemelas que nada ni nadie podría haber separado jamás, pero nadie podía imaginar que ocurriera lo que ocurrió.

El ruido de una puerta le arranca de sus pensamientos.

Felipe, el hijo mayor de la señora Fermina, ha llegado, resoplando por el frío y quejándose por algo que Guillermo no puede entender. Felipe sí le reconoce tras un primer momento de dudas y muestra su sorpresa al verlo allí, de pie, en el salón de la chimenea a la que había ido raudo a cobijarse. Felipe no es de muchas palabras, tal y como lo recordaba Guillermo, ya está mayor, piensa, habrá superado con creces la cincuentena. Tiene prácticamente todo el escaso cabello blanco.

Felipe es el típico hombre de campo, un pastor acostumbrado a andar en soledad con el rumor de sus propios pensamientos y con la única compañía del silencio. Guillermo recuerda que cuando era pequeño también había pasado noches al raso, acompañando a Pepe “el cabrero”, y había descubierto lo que era ser pastor y lo que era pasar por primera vez en su vida, una noche sin dormir, bajo el único manto de las estrellas, al raso. Le costó toda una semana de súplicas a sus padres para que le dejaran ir. Fue su padre el que accedió primero, así aprende lo que es el campo, le dijo a mi madre, que consintió sin estar muy convencida de ello.

Al darle las llaves a Guillermo, Felipe dice sentir mucho lo que le ha sucedido a sus padres, lo dice de forma automática, sin excesivos sentimentalismos. Fermina pregunta qué ha sucedido con sus padres.

Guillermo sale de esa casa dejando a Felipe explicando a su madre el accidente y la muerte de sus padres, no quiere participar de la conversación, no le apetece hablar con nadie y menos sobre su dolor, no quiere volver a imaginarse los rostros carbonizados de sus padres y oler ese olor a carne quemada.

Guillermo cierra la puerta tras de sí, decide dejar el coche en la plaza y subir dando un pequeño paseo hasta la casa a pesar del frío. Es como si tratara de encontrar las fuerzas para entrar en aquella casa, como si quisiera retrasar el momento de enfrentarse

a su pasado, a un pasado que creía olvidado, pero en el fondo de su alma sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a él.

Sube por la fuente, pasando previamente por debajo del antiguo horno. A la izquierda de la fuente sigue estando el viejo lavadero en el que las señoras lavaban la ropa cuando aún no había llegado la lavadora. Al mirar hacia el lavadero ve por un momento a su abuela de rodillas y frotando la ropa, sonrío al verle. En los bordes se acumula la blanca espuma, el recuerdo se transforma en olor a jabón, de esas pastillas gruesas y blancas que iban menguando con el uso pero que parecían durar siglos. Se sorprende al ver la calle asfaltada, él la recordaba de tierra con multitud de piedras dispersas que en un momento dado podían utilizarse como proyectiles para darle a una lata o a alguna viborilla que había salido de los campos que había detrás de la fuente. Todo lo demás parece igual a como Guillermo lo recordaba. Nada parece haber cambiado. Da un trago de agua, cierra los ojos al hacerlo. Algunas gotas salpican su rostro por la fuerza con la que cae el chorro. Está fresca. La mejor agua del mundo, decía su abuelo.

Atraviesa la pequeña plaza donde vivían los abuelos de Emilio, "el cazador", llamaban a su abuelo, qué habrá sido de Emilio, piensa mientras lo ve comiéndose un gigantesco bocadillo de chorizo, o tal vez de chocolate, sentado frente a la puerta de la casa de sus abuelos.

En esa plaza jugaba al tenis con su padre, una cuerda atada de lado a lado y las marcas de la pista hechas con una rama gruesa sobre la tierra. Emulaban los partidos de Wimbledon que acababan de ver en la pequeña televisión que tenían en el salón. Guillermo decía que él era el joven Boris Becker y a su padre le dejaba el papel de Ivan Lendl que aceptaba sin ningún tipo de comentario. Cada partido solía acabar en una discusión, ninguno de los dos era muy dado a aceptar una derrota, o porque las pelotas quedaban colgadas en el tejado y tenían que pedir una gran escalera para descolgarlas. Ahora esa plaza también está asfaltada y desierta.

Sube la pequeña cuesta que ha de llevarle hasta la parte alta del pueblo. Ha escogido el camino más largo pero menos empinado. Si hubiera subido por la cuesta del teléfono hubiera llegado sin aliento, su forma física es un tanto deplorable, le sobran al menos 10 kilos.

Tal y como esperaba no se cruza con nadie, sólo se escucha el rumor del helado viento que corta sus mejillas y transita con plena libertad por las calles desiertas y que parece acompañarle en ese silencioso y solitario deambular hasta la puerta de la casa de sus padres.

De pronto, al levantar la vista, casi todo el camino la tuvo clavada en el suelo, bien por el frío o bien por no encontrarse con ningún fantasma a quien saludar, se ve frente a la vieja casa que había

pertenecido a su padre, al padre de su padre y así tras varias generaciones. Guillermo suspira profundamente, emitiendo una nube de vaho que se pierde entre los brazos del frío viento que golpea la parte alta del pueblo como un azote. Aparta la vista de la fachada de la casa y desde la horma mira con lánguida tristeza la parte baja del pueblo. Justo en ese punto, debajo del olmo en el que ahora se encuentra, habló con su abuelo aquel fatídico verano cuando escuchó por primera vez la historia de Nicolás.

Levanta la mirada y se fija en los riscos de piedra clara que apuntan al cielo de la colina que hay enfrente y que desde siempre se han llamado las Peñas Morenas. Están agujereadas, como la cara visible de la luna, por algunas cuevas de no mucha profundidad y de diferentes tamaños y que cuando era niño le gustaba recorrer con sus amigos. Desde esas cuevas se tiene una perspectiva única del pueblo que se retuerce entre las dos colinas como una serpiente con piel formada por casas de piedra.

A pesar de todos sus lúgubres recuerdos, el pueblo no ha perdido un ápice de su fría belleza. Fueron tantos los veranos que pasó aquí y tan buenos aquellos momentos que Guillermo no puede creer que ahora ese lugar forme parte de sus peores pesadillas. Tirita, pero no de frío. Es una sensación de soledad lo que le hace estremecer, tal vez también de miedo.

Guillermo se gira y arrastra sus pasos hacia la puerta de la casa de sus padres. Introduce la llave en la puerta, que cruje con un

sonido metálico, como quejándose por el alboroto tras tantos años de silencio. Un pesado y espeso olor a cerrado y a madera húmeda se introduce con rapidez por sus fosas nasales. Tantea con sus manos en la oscuridad buscando la puerta de madera que hay a la derecha. Esa puerta da al pequeño cuarto donde se encienden los plomos de la luz. Es un viejo trastero que antes había formado parte de unas cuadras y del que más de una vez Guillermo había tenido que salir corriendo al cruzarse con alguna rata. Los pelos de la nuca se le erizan al recordar sus encuentros con los roedores, si hay algo que Guillermo no puede soportar son las ratas.

Abre la puerta que da directamente a la casa, después de traspasar un pequeño descansillo que lleva también a la parte de arriba. La casa está prácticamente igual a como la recordaba. Sus padres habían ido casi cada verano, excepto los dos o tres últimos cuando prefirieron ir a la playa, pero apenas habían hecho reformas, la mayoría las realizaron cuando Guillermo y su hermana María eran muy pequeños, más bien cuando él era muy pequeño y su hermana María aún no había nacido.

No recuerda cómo era antes, pero sí ha visto fotografías, y tanto su padre como su abuelo le contaron en multitud de ocasiones cómo era aquella casa antes de que él naciera, antes de mil novecientos setenta y tres. Casi todas las casas de ese pueblo tenían la misma estructura: las cuadras en las que albergaban a los animales estaban en la parte de abajo y sobre éstas, en el piso de

arriba, estaba la vivienda propiamente dicha, las habitaciones y la vieja cocina que aprovechaba el calor que proporcionaban los animales desde la planta inferior, pero esa estructura había cambiado mucho desde que los padres de Guillermo reestructuraron por completo la amplia vivienda. Ahora en la parte inferior, en la que se encuentra Guillermo, está la cocina - salón, con su chimenea, aquella obra de poner la chimenea abajo fue la que más quebraderos de cabeza comportó a su padre y a sus tíos que fueron los que llevaron el peso de las obras, una pequeña habitación con un sofá-cama que nadie había utilizado nunca y un congelador, un baño y la despensa, que Guillermo recorre con la vista para comprobar que hay alguna lata de conservas, unos botellines de cerveza San Miguel y una botella de ginebra Larios y otra de Vermout Cinzano con tanto polvo que apenas se ve la etiqueta.

Después de ese rápido recorrido por la planta baja, Guillermo abre alguna de las ventanas ya que el olor a cerrado y a humedad ha impregnado cada rincón de la casa. Por un momento piensa en subir a las habitaciones, en la planta superior, pero no le apetece, no quiere subir esas escaleras porque siente que saldría de la seguridad de la casa a pesar de estar igualmente dentro de la misma vivienda, pero siempre ha sentido que estaba partida en dos y que ambas partes eran dos entes independientes. Además, en la parte más alta de la casa, en la tercera planta, estaba lo que llamaban la cámara y ese lugar siempre le dio escalofríos,

especialmente de noche. No estaba arreglada y allí guardaban todo lo que se iba apartando pero no se quería tirar, que en definitiva era todo, su padre no quería tirar nada, y mucho menos sus abuelos. Había herramientas oxidadas, utensilios para la cosecha, cepos para cazar animales, cencerros para las ovejas, baúles llenos de ropa, mantelería.... En la cámara no había luz eléctrica, excepto en una habitación que tenía una bombilla y se encendía mediante un interruptor que a Guillermo siempre le pareció muy curioso, era una palanquita horizontal que se daba media vuelta sobre su eje. En algunos tramos de la cámara había que bajar la cabeza para no darse con el techo que formaba el tejado. De niños jugaban al escondite por sus habitaciones y pasillos y también pasaban de una casa a otra, porque justo al lado, pegada, estaba la casa de su tío Julio. Aunque ahora recuerda que no siempre le dio miedo ese lugar de la casa, a pesar de que sabía que había ratas. Subía a menudo con su hermana o sus primos, o con su padre, o con su abuelo para que le enseñara los cencerros y los hicieran sonar, tolón, tolón... Todo cambio aquel maldito verano, entonces sí supo lo que era el miedo de verdad, el terror.

Intenta no pensar en ello, olvidar aquel verano. Va a por leña al trastero para tratar de encender la chimenea, ya es de noche y probablemente nevará. Eso sí que le apetecía, levantarse y ver el pueblo completamente nevado, como cuando lo vio por primera vez, fue en las navidades del año ochenta y tres, recuerda

levantarse de la cama porque su padre abrió la puerta del cuarto donde dormían él y su hermana gritando "está todo nevado", "levantaros perezosos y ver como nieva". No era la primera vez que veía nevar, en Madrid nevaba casi cada invierno, pero sí era la primera vez que contemplaba un pueblo que él siempre había visto en verano todo cubierto por el blanco de la nieve. Fue como vivir dentro de un cuento, no se veía ningún tejado, todo quedó bajo un suave manto de espesa nieve, el pueblo casi había desaparecido bajo toneladas de algodón y él y su hermana salieron fuera a revolcarse por la nieve y a lanzarse bolas antes de hacer un enorme muñeco ante los gritos de su madre para que se pusieran algo más de ropa. Nunca más fueron en navidad.

Guillermo lleva consigo una pequeña mochila donde trae algo de ropa y unas salchichas Campofrío, un trozo de queso y unos raviolis enlatados que deposita en la nevera, en eso sí fue previsor. No va a quedarse más de una noche, lo suficiente para recorrer la casa al día siguiente y llevarse todo aquello que considere oportuno. No quiere permanecer ni un sólo segundo más de lo imprescindible.

Ve con desesperación que la leña está húmeda y comprende que va a ser difícil que arda en esas condiciones. Guillermo mira a su alrededor hasta que ve lo que estaba buscando en el pequeño mueble que antaño tenía en la parte superior la televisión donde él y su padre veían los partidos de tenis y poco más, porque cuando

iba al pueblo para él la televisión no existía. Se ayuda de un viejo periódico para encender el fuego y calentar a marchas forzadas una casa que parece un palacio de hielo. Es un ejemplar del Marca que su padre había traído desde Madrid, sus páginas ya están amarillentas, mira con gran tristeza la fecha, trece de agosto de mil novecientos ochenta y nueve. Tres años después.

Una vez parece que el fuego ha prendido, acerca el pesado sofá a la lumbre, se sienta y se calienta las manos acercándolas y frotándolas para entrar en calor. El olor a quemado le traslada de nuevo a aquella sala blanca, aséptica, fría, con muchos armarios, y en el centro una mesa de aluminio gris y en medio de ella aquellos objetos, colocados de forma ordenada, meticulosa, un DNI con las puntas quemadas, una muleta calcinada, unas llaves negras, dos anillos de boda que parecen pertenecer a una época remota y ese olor a piel quemada, a plástico carbonizado.

Cierra los ojos, se quita las gafas y se frota la cara con las manos para despejar su mente y tratar de arrancarse de cuajo esos horribles pensamientos.

Cuando Guillermo ya siente que su cuerpo se va desentumeciendo y tomando temperatura, va a la cocina, hierve agua y se prepara un té, para regresar a continuación junto a la chimenea, no piensa separarse de ella en toda la noche.

Guillermo se hunde en el sofá y se cobija bajo una confortable manta que ha encontrado en uno de los armarios que hay en la

pequeña habitación junto a la despensa. La manta huele a polvo y a años de encierro, pero es una cuestión a la que Guillermo no da mucha importancia, mientras su cansada mirada se pierde en el crepitar del fuego que danza en un hipnótico baile trasladándolo al fondo de sus recuerdos, al lugar donde nacen todas sus pesadillas.